

CAPITULO XXII.

Salida para Jafa.—Recuerdos y tristezas.—El 8 de Diciembre á orillas del mar.—Una historia de Pio IX.—Puerto Said y Alejandría.—El Mediterráneo.—De Marsella á París.—La tumba de Napoleon y el Hotel de inválidos.

*
* *

Ha llegado el siete de Diciembre. Adios, Jerusalem amada: una y otra vez adios: hasta la vista; y diciendo estas palabras salimos por la puerta de Jafa.

Silenciosos veníamos y meditabundos, por el camino; y una santa y dulce tristeza habíase apoderado de nosotros. Las impresiones recibidas durante nuestra breve permanencia en la santa ciudad, se renovaban á una, al separarnos de Jerusalem, y conmovían profundamente nuestras almas: recordábamos cuanto habia pasado por nosotros, y nos representábamos una y otra vez, aquellos preciosísimos lugares santificados por el Dios Redentor y su Inmaculada y Santa Madre: el Getsemaní con todas sus tristezas y melancolías, tan misteriosas y consoladoras, y sus calladas sombras que infunden un pavor sagrado; y aquella soledad profunda en que habla Dios al alma palabras de esperan-

za y vida eterna. Y la via dolorosa que riega el peregrino con sus lágrimas; y el arco del Ecce Homo, y el Pretorio de Pilatos y el glorioso Sepulcro y el santo Monte Calvario..... Dejad que nuestros ojos, lloren, que venga la tristeza y nos arranque un suspiro de inmenso dolor.

*
* *

Así pasamos las largas horas de nuestro camino; cuando dió la una de la tarde y llegamos á Ramle, donde comimos en el convento de los franciscanos; y despues de un rato de sesteo, continuamos hasta Jafa, llegando á las 6 de la tarde á este puerto donde permanecimos hasta el día nueve.

El día de la Purísima celebramos en Jafa y lo pasamos muy contentos, recordando el privilegio de gracia original de nuestra querida y tierna Madre: y ya que estábamos á orillas del Mediterráneo, pensamos en que María salió del inmenso mar de la gracia, como una preciosa perla de inestimable valía; escogida por Dios, preservada por su Majestad de toda mancha, y enriquecida con toda suerte de gracias y favores desde el principio de su existencia. La cándida y pequeña nube de Elías se levantó de aquel mar, al soplo miste-

rioso del Espíritu Santo. La que fué concebida entre prodigios de gracia, estaba predestinada para Hija del Padre; y esa Hija tenia que llevar en su seno al Verbo de Dios, y sería la Esposa sin mancilla de aquél Espíritu divino que eternamente procede del Padre y del Hijo.

* * *

En Jafa tuve la honra de conocer y tratar al Ilmo. Señor Arzobispo de Tarzo y Adana, D. Teodoro Narziabouch, armenio; persona muy instruida y de bellísimo carácter. Entre varias cosas que nos platicaba, nos refirió lo siguiente, hablando del Señor Pio IX. En el año de 1876, navegaba el Ilmo. Señor Narziabouch de Ancona para Constantinopla, en el vapor "Sultan" El capitan de este vapor era un hombre sin creencia ninguna y mason. Con mucha frecuencia hablaba sobre puntos de religion, burlándose de todo; la infabilidad del Papa le chocaba en gran manera, y se reía muchísimo de los católicos que creemos en semejante simpleza, segun él se expresaba. El Arzobispo le contradecía y procuraba deshacer sus objeciones; pero todo era inútil. Una ocasion que platicaban con más calma, y familiarmente, el Arzobispo le enseñó y rega-

ló un retrato de Pio IX á quien no conocia el capitan: éste lo tomó y guardó en su cartera dejando escapar una sonrisa burlona: ya tenia consigo un podoroso talisman. Entre tanto, y pasados dias, el mar comenzó á alterarse y una noche se presentó una terrible y deshecha tormenta: el capitan, inteligente y activo, hacia prodigios; pero todo se conjuraba en su contra, y llegó un momento que se creyó perdido; era imposible, decia, salvar el buque: daba vueltas sobre cubierta, como un desesperado: no hallaba que hacer: la noche estaba muy oscura; los relámpagos descubrian á cada instante, profundos abismos abiertos en las aguas del mar, y el vapor era el juguete de las furiosas olas. En tales circunstancias se acordó de Pio IX, y exclamó diciendo: Oh Pio IX, si eres infalible, sálvame de este peligro. En ese instante, se le aparece sobre el mar, un anciano, vestido de blanco y le dice: ¿Qué quieres hijo mio? Me has llamado y vengo á socorrerte. El capitan, sin saber lo que era aquello, le dijo: Padre mio, estoy á punto de perecer, y conmigo todos los pasajeros: sálvanos de la muerte. Aquel anciano, extendió su mano sobre el mar, hizo la señal de la cruz y el mar se calmó en aquel instante.—El capitan sobreco-gido de espanto, corrió al camarote del Señor Arzobispo, quien se resistió mucho para abrirle; pero, en fin, lo hizo, y el capitan, con lágrimas en los ojos, enteramente mudado le refirió lo anterior: Yo creo, exclamaba, yo creo en la infabilidad del Papa; yo quiero reconciliarme con la Iglesia; deseo confesarme. El Se-

ñor Arzobispo se sorprendió de semejante cambio y procediendo con la debida circunspeccion, instruyó al capitan, y despues de haberlo preparado, lo confesó. Desde entónces, el capitan ha sido un buen católico; y los años trascurridos hasta el presente, han probado la sinceridad de su conversion y la verdad de su relato.

*
*
*

Llegó, por fin, el nueve de Diciembre, en que debiamos embarcarnos, eran las tres de la tarde, y entramos en un pequeño bote que con gran trabajo nos condujo á bordo del Danae: el mar estaba picado, amenazaba una gran tempestad, y el vapor en malas condiciones.

Á las seis de la tarde ya estábamos completamente mareados, y con un sopor y un aturdimiento que nos tuvo postrados y sin aliento hasta llegar á Puerto Said, al día siguiente á las siete de la noche. No podiamos comer, ni beber ni pasearnos: creiamos morirnos. Los que allá en nuestra Patria, ruegan por nosotros, deciamos Avelar y yo, se han olvidado de socorrernos con sus oraciones.—Si de esta escapo y no muero añadia Avelar, no más boditas al cielo. Aquello era horrible

y penoso: casi habiamos perdido la conciencia de nosotros mismos; pero en fin, todo concluyó al desembarcar en Puerto Said. Al llegar á la aduana, los guardas detenia demasiado nuestros pequeños equipajes, á pesar de que no tenian que registrar sino los nuestros, y á pesar tambien de ser ya muy noche: entendimos que querian alguna cosa; les dimos unos francos y luégo pasamos sin dificultad.

Mucha necesidad teniamos de reponernos despues de semejante fatiga, y así lo hicimos entregándonos al más apetecido sueño, y no levantándonos al día siguiente sino muy tarde.

*
*
*

En Puerto Said encontramos, de viaje para Tierra Santa á un padre chileno, á quien habiamos conocido en Venecia: con él mandamos nuestros recuerdos á los amigos que habiamos dejado en Jerusalem; y en la misma tarde continuamos nuestro camino para Alejandria; pero ya no en el malhadado Danae, sino en un buen vapor de las mensagerías, el Said.—El doce de Diciembre á las nueve de la mañana y sin ningun contratiempo, llegamos á la hermosa Patria de Santa Catarina y del gran San Atanasio. Fuimos recibidos, por

los franciscanos, en el convento de aquella Santa, como la primera vez, con mucha finura y atenciones.

El vapor que habíamos tomado en Puerto Said, se detuvo en Alejandria hasta el martes catorce; y en este dia continuamos nuestro viaje para Marsella. Al entrar en el bote para conducirnos al Sindh, se repitió lo de Jafa: el mar estaba inquieto, y apenas nos dió lugar para embarcarnos: el piloto que sacó del puerto nuestro buque, ya no pudo volverse y continuó con nosotros hasta Marsella. El primer dia de embarcarnos, tuvimos una ligera tempestad; y los siguientes, la navegacion fué verdaderamente deliciosa. ¡Cuán bello me pareció entónces el Mediterráneo! Sobre todo cuando veíamos tierra: ya el estrecho de Mesina, ó Scila y Caribdes, ó la isla de Córcega: todo se nos presentaba encantador y fantástico: veíamos los edificios, los jardines y aun la gente. Al pasar por una isla alcanzamos á ver una columna y á su pié un monton de piedras: la columna se habia levantado á la memoria de 200 náufragos que allí habian perecido. Dimos mil bendiciones á la Providencia del Señor que á nosotros nos daba una feliz navegacion; y pedimos por aquellos desgraciados.

Así pasamos, aquellos dias, por cierto muy hermosos; divertidos con el buen trato de Monseñor Narsciabouk, de un griego bastante instruido, y muy amante de platicar; y de varios otros pasajeros de diferentes nacionalidades; y el domingo 19, á las 8 de la mañana, desembarcamos en Marsella, donde no nos

detuvimos, sino 10 horas, saliendo á las seis de la tarde, para París en el tren rapidísimo, y llegando á la gran Capital á las 9 de la mañana del dia siguiente. El tren se deslizaba sobre la nieve que cubria los rieles, con una violencia que causaba miedo: no veíamos otra cosa que nieve en todas partes: no era dable asomarnos á las ventanillas de los wagoes, porque nevaba sin cesar; y el frio era insufrible: llevábamos debajo de los piés grandes tubos llenos de agua caliente que renovaban en las principales estaciones; pero este auxilio á nosotros no nos agradaba, por ser muy molesto, y aun perjudicial á la salud el tránsito brusco que á veces hay que sufrir, saliendo de los wagoes, y teniendo luégo que andar sobre la nieve.

* * *

Al llegar á la hermosa Capital, ésta aun no se habia quitado el blanco sudario que la envolvía: todo en ella estaba cubierto de nieve: los edificios, las calles, los carruajes, y los transeuntes. Los cocheros cubiertos con grandes capotes de hule y altos sombreros, ni aun trataban de sacudir la nieve que les daba un segundo vestido; y sobre algunos carruajes se veían como pirámides de nieve, teniendo de altura casi una va-

ra; mas á pesar de todo esto, nosotros no sentiamos mucho el frio, por venir sumamente abrigados con unos excelentes sobretodo comprados en Venecia.

En París permanecemos hasta el viernes 24 de Diciembre, ocupándonos en arreglar nuestros pequeños negocios, y conocer algunos monumentos que no habiamos visitado en el mes de Setiembre. Entre otros vimos la tumba de Napoleon Primero, majestuosa y bella, y digna de aquel hombre que á pesar de todo, fué grande.

“Este magnífico edificio fué construido por Mausart, y consiste en una torre circular que, cubierta por una hermosa cúpula dorada, termina en atrevidísima aguja que se desvanece en los aires.

“En el interior hay una severa y grandiosa cripta circular; embaldosada de mosaico, en cuyas paredes están representados en bajo relieves los grandes sucesos de primer imperio, y adornada de soberbias estatuas, se levanta magnífica, imponente, una tumba de granito rojo, que encierra las cenizas del Gran Napoleon.

“Fuera de la cripta y junto á un altar de San Jerónimo, están las tumbas del Rey Jerónimo y de su hijo primogénito. En otro lugar inmediato, las de Turena, José Bonaparte y Vauván. Á la izquierda del altar está una sombría escalera que conduce al interior de la cripta: á los lados se ven los mausoleos de los generales, Duroc y Bentrاند.”

¡Ah! si Napoleon, no hubiera manchado las páginas

de su historia con tantas lágrimas y sangre que hizo derramar; si hubiera sabido dominar su ambicion; si en fin, hubiera sido recto y fiel en su conducta, Francia, el dia de hoy, seria sin duda alguna, la primera de todas las naciones: *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum!*

Visitamos en seguida el Hospital de los inválidos: recorrimos, aunque muy de carrera, sus inmensas y hermosas galerías: en unas están colocadas las armaduras de acero, que usaban los guerreros en pasados siglos: morriones, yelmos, cotas y escudos; pero en tanto número y de tan diversas formas, que después de un rato nos cansamos y tuvimos que entrar en otras salas; y nos sucedia lo mismo: en unas veiamos de uno y otro lado, espadas, marrases, sables casi desde los primeros que se inventaron: al ver algunas espadas antiquísimas queriamos averiguar si entre ellas estaba la de Goliath; pero no habia quien nos diera razon. Vimos tambien un número prodigioso de lanzas, de pistolas y fusiles de todos tamaños y sistemas: habia algunos de 6 varas de largo, como ya tambien los habiamos visto en Florencia. Cañones de más de 7 varas de largo; y dentro de los cuales podian caber dos hombres muy cómodamente; y otros no tan grandes. Hay tambien muchísimas banderas recogidas por Napoleon Primero en sus numerosas victorias.—En otros departamentos se encuentran las estatuas de los guerreros de todas las naciones llevando el traje y las armas que se usaron en diferentes épocas; que revelan la civiliza-

cion y cultura de los tiempos y los pueblos: algunas de esas estatuas causan risa y divierten bastante; y otras descubren los instintos sanguinarios de ciertas razas. Buscamos el tipo mexicano y lo hallamos en un galiano, vestido de cuera, la pistola al cinto y fumando: su frente es altiva; audaz y desdeñosa su mirada: está vendiendo valor. Vaya! siquiera no se dice de nosotros que somos unos mandrias: ni los franceses lo podrán decir despues del memorable cinco de Mayo, en que fueron derrotados por las tropas mexicanas.

Está por demas el decir que en este basto y suntuoso edificio, todo está en orden, y dispuesto con gracia, y muy aseado. En esto los franceses dan la ley á todo el mundo.—Era ya muy tarde y fué preciso retirarnos.

CAPITULO XXIII.

Salida para el Habre.—Antes de embarcarnos.—Unos pasajeros.—Último dia del año en el mar.—Los vapores de la Compañía Trasatlántica francesa.—Nueva-York.—El Hotel Español.—San Luis Missouri y el Colorado.—El suelo mexicano.—Accion de Gracias.—Mi gratitud á la Madre de Dios.

Con alguna anticipacion arreglamos nuestro billete de vuelta en la Compañía Trasatlántica, y llegado el viernes veinticuatro de Diciembre, salimos en la tarde, para el Habre, y al dia siguiente nos embarcamos en el vapor Normandía.

En el Habre tuvimos el consuelo de celebrar la misa de Navidad: el templo estaba muy concurrido y se notaba devocion en los asistentes. Nosotros nos ocupamos en pedir á Dios Nuestro Señor una feliz navegacion; y que continuara dispensándonos, su divina y amorosa proteccion. En todas partes Dios es quien nos protege y nos libra de todos los peligros; pero en esto no reflexionamos lo bastante, ni pagamos á Dios la gratitud que le debemos, ni recurrimos á su Majestad, como lo exige nuestra gran miseria y los peligros